

FIGURAS DEL PARLAMENTO

Clarita Campoamor

ATENEÍSTA. Abogada. Sufragista, de aquel sufragismo de hace veinte años, agresivo y militante, que veíamos graciosamente ridiculizado en las Revistas inglesas. Clarita Campoamor: muchacha tenaz, voluntariosa, terca y, a su modo, ambiciosa. La diputada a Cortes por la provincia de Madrid, que parece que tiene una historia política muy breve, la tiene muy larga, sin embargo. Esas intervenciones parlamentarias suyas de ahora, cuajadas de tópicos, han sido ensayadas, durante más de veinte años, en el salón del Ateneo. A su modo, se ha estado preparando siempre Clarita para miembro de la Comisión Constitucional. Y los mismos incidentes de su elección revelan a una mujer que sigue derecha su camino. Vocal del Comité Central de Acción Republicana, Clarita no vió por aquella senda el escaño rojo. Sin más preámbulos, hizo un guiño a Lerroux, que ha sido siempre hombre galante, y don Alejandro picó como un bendito que es nuestro ministro de Estado. Hete así a Clarita hecha legislador o legisladora, disertando en el banco de las Comisiones, soltando citas y más citas de fácil alcance por su boca, discursando de lo lindo y llenando las tribunas de esas amiguitas suyas, partidarias del divorcio y del voto integrales, que amenizan nuestros ratos de ocio en los pasillos de retratos del Ateneo.

Clarita Campoamor: tópicos y más tópicos. Gestos preciosos de suficiencia. Manotazos de autoridad cuando llega el caso. Acta efímera, venida por arte de birlibirloque, que cree patrimonio vitalicio de su personalidad de sufragista. Retórica barata. Soltería. Esos problemas hondos y vitales de la mujer española—el matrimonio, la maternidad—no los ha vivido Clarita, que representa, a lo sumo, a lo sumo, en nuestras Cortes Constituyentes a las intelectuales del Ateneo.

Victoria Kent

La diputada radical socialista por la provincia de Madrid y directora general de Penales, es muy de otra catadura. Es prudente, y es juiciosa, y es segura en sus comentarios y glosas. En los escarceos que ha sostenido en la Cámara con la señorita Campoamor, Victoria Kent tenía toda la razón. La mujer no está todavía capacitada entre nosotros para la vida pública; la mujer no es la señorita del Ateneo, que lee a Mauricio Dekobra, sino la obrera, y la señorita de la clase media, y la tanguista, y la niña *pera*. Victoria Kent es, además, mujer acaso

de muy hondas convicciones, bien disimuladas y tapadas por un gesto razonador y frío. Defendiendo al señor Albornoz hizo un precioso informe forense ante el Consejo de Guerra. Al frente de su Dirección, está, por lo general, bien orientada la señorita Kent. En el Parlamento han sido breves y eficaces sus intervenciones.

Victoria Kent ha vivido su drama, que es el mismo que empiezan a vivir las señoritas universitarias con título académico, que tienen que abrirse a codazos su camino en la vida. Victoria Kent lo ha domeñado ya con éxito, y por eso mismo sabe ser cautelosa y advierte que el problema femenino requiere antes una intensa educación política en las masas. No vamos ahora a disertar en serio de la aportación que al advenimiento de la República han prestado las intelectuales del Ateneo, cuya cabeza visible quiere ser ahora la señorita Campoamor. Sabemos muy bien a qué atenarnos respecto al caso. Más firme es la posición de la señorita Kent aseverando la ausencia de la mujer española en el momento presente.

Victoria Kent: cautela, reflexión, dureza aparente que envuelve, sin embargo, una ternura femenina de la mejor ley. Fanatismo agresivo, a las veces; en las propagandas electorales de la señorita Kent en Salamanca dijo cosas feroces que soliviantaron a los aldeanos, hasta el punto de sustituirla en las candidaturas por esos seráficos agrarios que ya hemos retratado en este lugar. La señorita Kent se juega el todo por el todo, y eso es lo alentador y lo político a la hora de ahora.

Margarita Nelken

Rubia, femenina, insinuante, un tantico gestera, la diputada socialista por la provincia de Badajoz ha estado a punto de no ser un diente más en ese rulo socialista que funciona en nuestro Parlamento con la más exacta precisión mecánica. Ese hombre terrible, notario él, radical él, que se llama Diego Hidalgo, la emprendió con la nacionalidad de Margarita, que ha estado a punto de naufragar, con los votos de sus extremeños, a las puertas del salón de sesiones. Lo que hubiera sido una verdadera pena, Margarita, mujer, muy mujer, puede prestar grandes servicios a la mujer. Ni es sufragista, ni vive los problemas de la competencia profesional. Sus problemas, y sus anhelos, y sus ideales, y sus aspiraciones son las aspiraciones, y los ideales, y los anhelos, y los problemas corrientes y molientes de toda mujer que tiene un hogar, un esposo, un hijo. En el Ateneo, hace ya años, frente a los energúmenos de lentes gordos y de sombreros raros, reivindicó los derechos de su sexo con muy graciosa y delicada flexibilidad. Y yo sé, y bien, porque conozco a Margarita, y me enorgu-

llezco de su amistad, y sigo siempre de cerca su labor literaria, que piensa como pensaba, partiendo de realidades y no de sueños ni de entelequias.

Hasta como experiencia me interesa la participación de Margarita Nelken en las tareas parlamentarias. El rulo tengo para mí que va a lubricarse con la presencia de la señora Nelken en los bancos socialistas. Las razones de Cordeiro van a quebrar más de una vez ante los aspavientos expresivos de esta simpatiquísima y agudísima mujer. La disciplina del partido, que vista desde fuera parece hartos hosca y desabrida, va a tener que sonreír cada vez que Margarita se levante para decir en tono menor: «Señores diputados...»

Siempre que se levante Margarita se levantará la mujer en ella, y sus armas, las femeninas—insinuación, coquetería, disimulo, sarcasmo—, son siempre más terribles, y a la larga más eficaces, que todas las prevenciones de los reglamentos.

José SANCHEZ ROJAS



MARGARITA NELKEN



VICTORIA KENT

CLARA CAMPOAMOR



DE VENTA EN LAS BUENAS PAPELERÍAS